

avía le podría abrazar antes de exhalar el postrer aliento. Prefiero que os lo imagineis, vosotros que sabeis como ama un buen padre.

Nada de lo que se le dijera quiso creer á los principios ; pero cuando vió los carros que llegaban para llevarse á él y su familia, dijo :

— ¡ Iré . . . iré supuesto que he de ver á mi hijo .

José por su parte, salió á recibir á su padre, y cuando le percibió de lejos, bajó de su carro y corrió hácia él. Estuviéronse mucho tiempo abrazados y derramaron muchas lágrimas, de aquellas gratas lágrimas de ventura que á los corazones virtuosos tanto desahogo procuran.

Todavía vivió Jacob diez y siete años, y murió á la edad de ciento cuarenta y siete en medio de sus doce hijos á quienes dió su bendicion. Olvidó José completamente el crimen que para con él habian cometido sus hermanos ; concedióles la tierra de Gesén, comarca fértil en pastos, y se hicieron gefes de numerosísimas familias.

Estas familias formaron el pueblo hebreo, que, perseguido por los sucesores de Faraon salió despues de Egipto bajo la direccion de Moisés.

## LA PIPA TURCA.

En una hermosísima tarde del mes de Agosto de 1760, el precioso lugar de . . . situado á la márgen derecha del Rhin, presentaba un aspecto que no le era habitual. Aquel día era el de San Alberto, santo patrono del lugar á quien celebraban lo mejor posible los vecinos. Aunque todavía no hubiese el sol desaparecido del horizonte, habiase dado ya principio á las danzas ; numerosos grupos daban vueltas ya, bailando alegres vales en la plaza de la iglesia, al frente de la cual habianse colocado á la puerta de una especie de café, prolongadas mesas de madera á las cuales no quedaban en aquellos momentos mas que algunos viejos que, fumando sus pipas, conversaban de sus negocios. Mas lejos unas cuantas buenas ancianas cantaban en coro una leyenda en que se hacian alabanzas del santo. Por otro lado una turba de chicuelos, con tambor al frente recorría la aldea haciendo evoluciones militares. En fin, para complemento de aquella animada escena, el Rhin, que á poca distancia corría, veíase poblado de barcas que habian venido de las inmediaciones y que surcaban en todos sentidos sus aguas, algunas de las cuales de-

plegaban toda su celeridad para seguir un gran barco en que iba una orquesta que ejecutaba tocatas que se oían de lejos en las dos márgenes del río. Una de estas barcas, habiéndose separado de las otras, se llegó á la orilla, y de ella saltó ligeramente á tierra un jóven elegante en la presencia y en el traje, quien encargó al botelero que le esperase. Tomó el camino del lugar el desconocido, y cuando lo hubo casi atravesado detúvose en una encrucijada, en la cual se cruzaban varios diferentes senderos. Estaba en duda sobre cuál de aquellos caminos tomaría, cuando ocurrió que pasase á su intermediacion el pequeño ejército de niños de que tenemos hecha mencion, ejecutando medianamente bien las órdenes que daba el caudillo, que era un niño de unos diez años, cuya viva é inteligente fisonomía llamó la atencion del desconocido. Aproximóse, pues á él, y dándole amistosamente un golpecillo en el hombro, “ Chico, le dijo, ¿ quieres conducirme á la Casa Blanca que allí vemos ? A mi regreso te compraré un tambor y un hermoso sable .”

A tan seductivo ofrecimiento púsose el niño como una grana, tartamudeó algunas palabras contestando por la afirmativa, tomó, brincando, una de las veredas, é hizo señas al caminante de que le siguiese. Pero apenas hubo dado unos cuantos pasos, cuando se detuvo como vacilando.

— Vamos ; ¿ qué tienes ? preguntóle el extraño. ¿ Por qué no sigues ?

— Estoy pensando, señor, contestó Carl [así se llamaba este niño], en que se enojaria conmigo mi padrino, si supiese que me habia ausentado de pueblo sin decirle donde iba.

Entonces corre á decirle que me conduces á la Casa Blanca ; pero anda pronto.

No esperó el chico á que esto se le repitiera, y al cabo de cinco minutos estaba ya de vuelta, jadeando, pero muy alegre, porque su padrino, encargándole que se condujese con juicio, le habia permitido que sirviese de guía al desconocido.

Este tomó al niño de la mano, y ambos desaparecieron en breve de la vista del asombrado ejército que se dispersó luego que se encontró sin caudillo.

La ausencia del desconocido y de Carl no fué dilatada. A nadie habia encontrado de la Casa Blanca, y se les vió regresar al cabo de medio hora. Cumplió el jóven exactamente con su promesa de llevar al chico, cuya conversacion le habia divertido mucho durante su escursion, á quo escogiese él mismo un sable y un fusil en las varias tiendas ambulantes que se habian formado en la calle principal de la aldea, y despues de haberle llenado los bolsillos de bizcochos, lo abrazó y se despidió de él.

El jóven, habiéndose divertido algun tiempo en contemplar los grupos

que formaban los bailadores, regresábase hácia la barca que le habia traído y pasaba inmediato á uno de los cafés, cuando percibió sentado á una mesa, un anciano que llamó su atención; á su aspecto marcial, á la ancha cicatriz que tenia en la mejilla, fácilmente se conocia que era un militar antiguo, lo blanco de su larga barba y bigote, contrastaba notablemente con su tez tostada por el sol; sus vestidos que estaban muy gastados, aunque eran de una estremada limpieza, demostraban sobradamente que habia traído de sus campañas mas gloria y heridas que honores y riquezas.

Pero lo que sorprendió singularmente al desconocido fué que aquel valiente de un exterior tan mísero fumaba á la sazón una pipa turca de rara hermosura. Aquella estravagante mezcla de miseria y opulencia excitó en tal grado su curiosidad que acercándose á él,

—Salud, venerable anciano, díjole con amabilidad. Todavía os da gusto la pipa á pesar de vuestras canas ¿es cierto? Pero la que teneis es portentosamente primorosa, añadió acercándose para contemplarla de mas cerca; ¿quereis vendérmela?

—¡Oh, señor! contestó el anciano, es obsequio que me hizo el hombre mas valiente de cuantos conozco, quien, Dios lo sabe, la quitó á un bajá al frente de Belgrada. Hace mucho tiempo de esto, y entonces era yo muy jóven. Terrible jornada fué aquella, jornada en que, con treinta mil hombres atacamos á ciento cincuenta mil turcos en sus trincheras; pero nos mandaba el príncipe Eugenio. Allí sí, señor, allí sí que hubo un rico botín y...

—Dispensadme, valiente amigo mio, si os interrumpo.... Pero veo que tengo fuertísimos deseos de hacerme dueño de vuestra pipa..... ¿Aceptaréis dos dobles ducados por ella?

—No soy sino un pobre infeliz, señor mio, repuso el anciano soldado; y sin embargo, por todos los tesoros del mundo no daría mi pipa. Escuchadme y despues direis si hago mal en ello. Era, añadió levantándose repentinamente, era una hermosa mañana de primavera; tocaban nuestros clarines precisamente esa tocata que se oye allá en el río, y nosotros, los húsares íbamos acosando alegremente al enemigo; gusto daba ver cuántos turbantes echaban abajo nuestros sables, cuando ahí teneis que un perro de genízaro que estaba oculto detrás de un matorral, envió súbitamente á nuestro capitán una bala que fué á dar derechito al pecho. Cayó él herido; á poca distancia de él estaba yo, y en dos brincos me trasladé á su lado; levantéle, coloquéle sobre mi caballo, saquéle del lugar de la pelea y con todo el cuidado que me fué posible le trasporté á la casa de un hidalgo de las inmediaciones. Asistíle allí lo mejor que su-

pe, mas era de muerte su herida y el dia siguiente espiró mi pobre capitán en mis brazos. Pocos instantes antes de morir dióme su bolsa y esta pipa, apretóme cariñosamente las manos y á la hora de la muerte desplegó el mismo heroísmo que habia mostrado toda su vida. Mucho tiempo le he llorado..... Luego que le hube tributado los honores fúnebres díjeme para mí: “El peculio corresponde de derecho á ese pobre hidalgo á quien han saqueado tres veces durante la guerra;” y obrando de acuerdo con esto, entreguéle la bolsa con todo lo que contenia y solo me reservé la pipa. Desde aquel dia esta preciosa reliquia me ha acompañado á todas mis campañas; vencedor ó vencido la he cargado constantemente dentro de mi bota, como nosotros los húsares lo acostumbramos. Un dia hé ahí que en una escaramuza me viene una bala á destrozar la pierna; mi primera idea fué ver si se habia roto mi querida pipa, y hasta despues no pensé en mi pierna. Hoy que han muerto todos mis camaradas y parientes, que me encuentro aislado en el mundo, solo ella puede consolarme; porque es una cosa bien triste, señor, envejecerse solitario y pobre.

Dicho esto, quedóse en silencio el anciano como si se entregase á sus recuerdos; su relato habia conmovido visiblemente á su interlocutor.

—Me habeis enternecido hasta el grado de hacerme verter lágrimas, dijo éste en fin despues de un instante de silencio. Pero decidme el nombre de vuestro capitán para que yo tambien pueda venerarle.

—Nosotros no le conociamos, caballero, sino por el nombre del valiente Walter: tenia un castillo en el Rhin, á dos leguas de las colinas que allá veis.

—¡Walter! exclamó repentinamente el desconocido; ¿cómo! ¿aquel capitán se llamaba Walter! Pues sabed que era mi abuelo, anciano, y ese castillo de que hablais es hoy mio. Venid, valiente, venid, valiente amigo mio, venid á vivir conmigo; desde este momento no podemos ya separarnos. Venios al castillo de Walter; allí es donde debeis acabar vuestros dias.

—¡Oh! ¡gracias, mil gracias! contestó el anciano soldado, moviendo tristemente la cabeza; pero eso no es posible; no existo solo, y ahí teneis lo que me detiene.

Y cuando así decia, mostraba á Carl, que despues de haber hecho admirar á sus camaradas su lindo sable y su fusil, y de haber distribuido entre ellos sus bizcochos, se trasladaba en aquella sazón al lado del anciano.

—Ahí teneis á mi ahijado, caballero: toda su familia y la mia han

muerto: él no tiene sino á mí en el mundo, y yo no tengo sino á él; de manera que no podemos separarnos.

—¡Ah! eso no puede servir de obstáculo, replicó el jóven, pues Carl y yo somos ya antiguos conocidos. Carl, prosiguió dirigiéndose al niño, ¿querrás venirte á vivir con tu padrino á un hermoso castillo? Allí tendrás á tu disposicion un lindo huerto donde podrás jugar y correr á tus anchas, hasta que crezcas y puedas hacerte oficial.

El niño, muy avergonzado y no comprendiendo lo que se le decia, miraba con muestras de asombro, ya á su padrino, ya al jóven.

—Vamos, quedamos convenidos, repuso éste tendiendo la mano al anciano, ya no os es posible desairarme. Tengo una deuda de gratitud que satisfaceros, pues ya veis que auxiliasteis á mi abuelo y que cuidasteis de él como un hombre escelente que sois: murió en vuestros brazos y le disteis sepultura; y en suma, habeis sido á la vez humano, generoso y desinteresado: llorasteis y aun llorais su pérdida.... Vamos, queda convenido; desde mañana os iréis los dos á vivir conmigo.

—¡Ay señor! contestó el padrino de Carl apretando afectuosamente la mano que se le presentaba, al paso que una lágrima se deslizaba silenciosamente por sus mejillas, sois el digno nieto de mi valiente capitán. Desde mañana nos domiciliarémos en vuestra casa, y cuando muera quiero á mi vez dejaros en recuerdo mio la pipa turca de vuestro abuelo.

---

## EL HUERFANO DE CONSTANTINA.

---

UNA cruda noche del invierno pasado, encontrábanse reunidas unas quince personas de ambos sexos, en el gran salon bajo de una casa de Santa-Colomba, aldea situada á las puertas de la reducida ciudad de Provins. Colocadas en derredor de una lámpara humeante que descendia del cielo raso, las mugeres hilaban ó se ocupaban en trabajos de aguja, en tanto que los hombres, sentados á los ángulos de una enorme chimenea, en la cual ardía una buena lumbre de leña, conversaban unos con otros sobre el precio de los granos ó acerca de los acontecimientos del dia. Aquellas buenas gentes hacian sus *veladas*, como dicen, en el campo. Todo estaba en silencio por de fuera. No se oia sino el silbido de un viento del Norte que soplaba por intervalos y que se introducía por las mal unidas puertas,

ó el crujido del hielo bajo las plantas de los transeuntes, ó el rechino de la veleta que sobre su enmohecido eje daba algunas irresolutas vueltas, y en el interior de la casa no se percibia otro rumor, sino el de los tornos y de los bolillos, cuando de repente se abrió la puerta: entonces se apareció un hombre, jóven todavía, que acompañaba á un niño de sobre doce años, helado de frio, y que corrió inmediatamente á acurrucarse delante del hogar, diciendo entre dientes palabras sin hilo. La entrada de estos dos personajes saludóse con grandes aclamaciones: “¡Ah! ahí tenemos á Pedro Martin, á nuestro héroe de Africa. Martin, bien venido seas: toma esta silla y caliéntate porque hace un tiempo crudo.”

Ahora bien, habeis de estar en que Pedro Martin, hijo de la aldea, habia servido durante cuatro años en Africa, y que allí habia dejado su brazo izquierdo. Apenas hacia pocos dias que habia vuelto á su hogar acompañado de un pobre niño idiota, que era este mismo que, colocado delante de la chimenea, procuraba reanimar sus entumidos miembros. De suerte que el jóven soldado, desde su regreso, era el objeto de todas las conversaciones del lugar: perdíanse en suposiciones las comadreras acerca del origen de este niño; pues Pedro, que era poco dado á hablar por naturaleza, no habia hablado de ello todavía mas que á sus deudos, quienes tambien por su parte guardaban el secreto. Aquella noche, en que Pedro estaba mas dispuesto á conversar que de ordinario, á uno de los concurrentes ocurrió decirle: “Mi buen Martin, refiérenos, pues, la historia de tu loco (este era el nombre que daban al niño en la aldea), y dinos cómo perdiste el brazo; eso nos distraerá hasta la hora de retirada. —Con mucho gusto, dijo éste con bastante afabilidad.

Al decir esto, todos los semblantes se mostraron alegres. Ibase por fin á saber la relacion de aquel curioso enigma; echóse nueva leña á la chimenea, alzóse á la lámpara la mecha, y comenzó Martin su relacion en estos términos:

“El 13 de Octubre de 1837, como ya lo sabeis, amigos míos, cayó en nuestras manos Constantina. Aquella jornada fué terrible, porque peleamos con el estómago vacío, los piés metidos en el fango y la cartuchera sin cartuchos. Carecíamos de todo á la vez, y por tanto, era indispensable que tomásemos la ciudad á todo trance. ¡Ay amigos míos! guardaos Dios de concurrir jamas á combates como aquel, porque es cruelísima cosa. Morir en tierra estraña, lejos de nuestros deudos, sin que tengamos algun sér amado que nos cierre los ojos, ni un sacerdote que nos diga santas palabras de consuelo, y ademas, la consideracion de que serán arrojados nuestros cadáveres en una misma zanja, en vez de que descansen separadamente en el cementerio de nuestro pueblo, bajo alguna cruz

de madera; hé ahí los pensamientos amargos que preocupan el ánimo antes del supremo instante del combate. Pero cuando se empieza á oír el crujir del parche; cuando se empieza á percibir el rumor del fusileo y se siente el embriagante olor de la pólvora, entonces toman otro giro los pensamientos. Si por un momento os habiais sentido débil, despues os sentís fuerte, porque los camaradas os arrastran, os escitan, y os están observando vuestros gefes; entonces marcháis con resolucion adelante.

“ En cuanto á mí, como formaba parte de la primera columna que mandaba el intrépido Lamoricière, llegué con presteza á la parte superior de la brecha, y con algunos camaradas entréme en una calle tortuosa, desde las ventanas de la cual nos fusilaban sin merisericordia los árabes. Habiéndome quedado un instante solo, metíme en una casa medio destruida por nuestras balas; pensaba situarme allí para contestar un poco á los fuegos de aquellos condenados beduinos, cuando un espectáculo que desgarraba el corazón se presentó á mis ojos. Veíase allí una muger árabe tendida, agonizando á consecuencia de una herida que empapaba de sangre sus vestidos; á su lado yacia por tierra el cadáver de una doncella, y sobre su seno comprimía un chicuelo de sobre nueve años. Mi súbita aparicion hizola arrojar un grito de terror; sus ojos, que estaban ya casi apagados, parecieron reanimársele; pero como me aproximaba yo á ella con el arma inclinada haciendo ver que mi intencion era la de prestarla auxilio, tranquilizóse su semblante. Entonces, con un ademan convulsivo mostróme su hijo, y á sus espresivas indicaciones, comprendí que me suplicaba que le salvase de la matanza. Aquella muger infortunada, que ya comenzaba á entrever la horribe eternidad de la muerte, olvidó en aquel momento la antipatía que debian inspirarle los franceses: entonces no era ya sino una madre que solicitaba un protector para su hijo. Apenas la hube tranquilizado sobre este punto, cuando se dejó caer sobre su estera y exhaló su postrer suspiro.

“ Ahí me teneis hecho cargo de un niño, cuyo nombre y origen ignoraba, que no comprendia una palabra de francés y que podia servirme de estorbo. Aquella misma noche quedó el chico domiciliado en nuestro vivaque, participó de nuestros comestibles y de nuestro lecho de paja, y allí se le bautizó con el nombre de Constantino.

“ Su gracia y su donaire captáronle en breve la amistad de los compañeros y aun la de los oficiales: todos le acariciaban á porfia, y se empeñaban en hacerle repetir algunas palabras de nuestro idioma, de suerte que, merced á su precoz inteligencia, aprendió á hablar francés en el término de muy pocos meses. Hasta entonces no llegué á saber de él que su padre era muy adicto á Achmet, y que seguramente se habia pre-

cipitado al desierto con este bey despues de la toma de la plaza: sin embargo, mi tierno Constantino, por mas que procuraba yo distraerle, jamas se mostraba muy contento; nunca se le apartaba de la mente la memoria de sus padres, y aun le encontraba yo con frecuencia sumerjido en profundas cavilaciones. Entonces arrojábase á mis brazos diciendo:

—Mi buena madre y mi hermana Aidé, han muerto; ¿dónde está mi padre? Acaso tambien habrá muerto; encuéntrome solo en la tierra. ¡Oh, cuán desventurado soy!

—Vamos, Constantino, contestábale yo, ten ánimo, hijo mio: ¿acaso no tienes en mí un padre? Consuélate, pues, y ten esperanza; algun dia volverás á ver á tu padre, porque has de saber que existe un Dios que protege á los niños. Entonces guardaba silencio, y para demostrarme el afecto que me tenia, hacíame nuevas caricias. ¡Oh! Era una docilísima criatura, que á una sola palabra que se le dirijiese obedecia, y que á todos manifestaba amistad y respeto. ¡Ay! ¡Cuánto siento teneiros que referir tristísimos sucesos!

“ En el trascurso del año pasado envióse á nuestro batallon á un campamento establecido á corta distancia de Oran. Una noche estaba yo de guardia mayor; comision peligrosa é importante, supuesto que á la vigilancia de unos cuantos hombres está confiada la salvacion de todo el ejército: estábamos conversando unos treinta individuos que éramos, quedo, muy quedo, de Francia, por el honor de la cual combatiamos, y de nuestras familias, que en mucho tiempo no recibian noticias de nosotros. No sé por qué en aquellos momentos me encontraba yo triste y me sentia desalentado, y tanto, que hacia muy poco caso de las caricias de mi pobre Constantino, que segun su costumbre, estaba sentado á mi lado.

—¿Qué es lo que te pasa, Martin? díjome un sargento anciano; cualquiera diria que tienes miedo. ¿Estás acaso así porque hoy es viérnes y te toca la guardia á media noche? Mal día y hora siniestra son sin duda; pero el peligro está remoto y hace mucho tiempo que no se nos presenta el beduino. Vamos, toma mi bata, bebe un trago y desecha de tí esos tus malos pensamientos, porque dentro de un instante será necesario que tengas ánimo y estés muy alerta.

“ Procuré tranquilizar al supersticioso sargento, y cuando hubo llegado la hora, dirijíme á mi puesto, en el cual se incorporó á mí Constantino.

“ La noche estaba fria: algunos negros nubarrones recorrian el cielo é impedían que nos alumbrase la luna; nada se percibia á distancia de cuatro pasos. Ya concebiréis que todo esto no era á propósito para que la alegría me volviese; de consiguiente, entreguéme á la memoria de mi pueblo y púseme á meditar en vosotros todos, amigos mios, cuando re-

pentinamente percibí un leve rumor á cierta distancia de mí; asemejábase este al ruido que hace un cuerpo que se agita sobre la yerba. Acercóse este rumor y percibióse mas distinto. Como no era continuado, adiviné que se adelantaba con precaucion el sér animado que lo producía. También habíalo oído Constantino, y á la vez que yo, procuraba, pero en vano, penetrar las densas tinieblas que nos cercaban.

“Despejóse un instante la luna; pero todo volvió á quedar sumergido en las tinieblas, y el rumor, que se habia suspendido, volvióse mas y mas significativo. Encontrábame yo inmediato á un peligro; bien lo comprendía, y preparé inmediatamente mi fusil. Siguióse de nuevo el silencio, y sucedióse á éste un crujido como el de una rama que se rompe ó el de una arma que se prepara. De nuevo volvió la luna á alumbrarnos escasamente, y habiéndose apartado por fin un nubarrón que la ofuscaba, inundónos repentinamente con su luz argentada. Tan luego como apareciera, ví levantarse como á veinte pasos de mí un bulto blanco, sobre el cual hice puntería gritando: *¿quién vive!* Vi salir un relámpago, oí la detonacion de un fusil, dejé ir yo el tiro, y desapareció el bulto blanco en medio de la nube que formara el humo. Durante este breve intervalo, habíase de nuevo ocultado la luna y habíamos vuelto á quedar rodeados de tinieblas. Hasta entonces no vine á sentir un agudo dolor en el brazo izquierdo: desvaneciómese la vista, faltáronme las fuerzas y caí por tierra.

“Dos horas despues volví en mí y encontréme tendido en la guardilla: alistaba el cirujano sus instrumentos para amputarme el brazo, que habia hecho pedazos la bala. En un rincón percibí el cuerpo de un beduino envuelto en su manto, y á Constantino con semblante desfigurado y zahareño, reclinado sobre este cuerpo: llaméle y pareció que no me oía. ¡Ay! bien digno de compasion era el pobre niño. Cuando al ruido de la esplosion de nuestras armas habia acudido la fuerza del apostadero, Constantino, obedeciendo á no sé qué impulso interior, habia corrido hácia el punto en que habia parecido desvanecerse el bulto blanco; y ¿qué vió en él? ¿á su verdadero padre, muerto por mí, padre adoptivo suyo! Constantino, cuya cabeza estaba ya tan débil, no habia podido soportar este nuevo pesar y habia perdido el juicio.

“Vedle: refiero estos sucesos en su presencia y ni los oye ni los comprende. Vi morir á su madre y á su hermana, he muerto á su padre, y era justísimo que adoptase al desdichado niño.”

—¡Oh! es magnífico lo que has hecho, Pedro Martin, exclamaron todos los oyentes, y bendigate Dios, porque eres un esforzado y escelente mozo. Tu protegido lo será también nuestro, le ayudaremos á cubrir

sus necesidades, y nunca faltará en nuestras chozas un asilo y un pedazo de pan para el huérfano de Constantina.

Acababan de dar las once las campanas de la añosa iglesia del lugar, y retiráronse los concurrentes colmando al buen Pedro Martin de bendiciones.

## VIAJE A LOS ANTIPODAS.

A consecuencia de una sentencia infamante, desterróse á Juan Oliver á Botany-Bay (Bahía Botánica); pero dejó en Inglaterra á su consorte, escelente muger que no habia conocido los crímenes que cometiera su marido, sino para llorarlos y rogar á Dios que se los perdonase, y dos hijos, Tom (Tomasito) y Jenny (Juanita), que no habian tenido noticia de las desgracias merecidas de su padre, sino para desear darle algun dia consuelo. La tierna edad de estos dos niños habia sido la única causa que impidiera á la infeliz madre seguir al sentenciado á su destierra. Pero tan luego como consideró que podria emprender el dilatadísimo viaje de Plymouth á Botany-Bay, apresuróse á escribir á su marido, que en breve se le reuniria. Desgraciadamente falleció esta escelente muger antes de poner en ejecucion su proyecto. Tom y Jenny, en medio del espantoso aislamiento á que vinieron á quedar entregados, desearon con mas ansia que antes ver á su padre. Un dia, pues, que derramaban abundantes lágrimas sobre el recién abierto sepulcro de su madre, y que fuertemente abrazada la una con el otro, parecian preguntarla qué harian, vino á fijárseles en la mente una enérgica y noble idea; resolvieron emprender solos el viaje que antes habian debido hacer bajo el materna amparo. Cuando hubieron dicho que semejante inspiracion les habia venido estando sobre el sacro sepulcro de su madre, nadie se atrevió á disuadirles de su designio. El magistrado que, con arreglo á la ley, habia quedado á cargo de los escasos bienes que habia dejado la Señora Oliver, reunióles una reducida, suma que aumentó algo todavía la beneficencia de algunas almas compasivas, y á poco se embarcaron nuestros dos niños en Plymouth, en un bajel, el cual se habia conseguido que los llevase gratis.

Por espacio de mucho tiempo, ningun acontecimiento extraordinario ocurrió en el viaje, y Tom y Jenny habrian pasado del uno al otro hemis-